



# LOS HUESOS DEL ABUELO

NOVELA POR

Carmen de Burgos

(COLOMBINE)

20 Cts.

22 curaf

R. 71 754



Debe ser tu corazón más duro que el pedernal, pues no sientes compasión viendo la herida mortal que me causa tu hermosura desde que usas PECA CURA.

**Jabón, 1,50; Crema, 2,50; Polvos, 2,50; Agua Cutánea, 5,50; Agua de Colonia, 3,50, 6, 10 y 16 pesetas, según frasco. Lociones para el pelo, 4,50, 6,50 y 20 pesetas, según frasco.**

**ULTIMAS CREACIONES**

**PRODUCTOS SERIE "IDEAL"**

*Acacia, Mimosa, Ginesta, Rosa de Jericó, Admirable, Manantial, Chipre, Rocio Flor, Rosa, Vértigo, Clavel, Muguet, Violeta, Jazmín.*  
**Jabón, 3; Polvos, 4, Loción, 4,50, 6,50 y 20 pesetas, según frasco. Esencia para el pañuelo, 18 pesetas, frasco en estuche.**

**Cortés Hermanos.—(Sarría). Barcelona**

**DEBILIDAD SEXUAL**

Secura en el acto empleando el **INTRODUCTOR pat.** Prospectos contra envío 30 céntimos en sellos. Aparato pts. 15, giro postal o sellos. A. Fichtner. Industria, 205, Barcelona

**Los Contemporáneos**

**REVISTA SEMANAL**

Publica interesantes comedias y novelas, escritas por los mejores autores.

**NÚMERO SUELTO**

**20 céntimos.**

**Obras últimamente**

**publicadas**

**DE**

**AUGUSTO MARTINEZ**

**OLMEDILLA**

- RESURGIMIENTO, novela, 3,50 pts.**
- TEATRO DE MARIONETAS, 3,50 pts.**
- EL MAL MENOR, novela, 4 pts.**
- PRIMER AMOR, PRIMER DES-ENGAÑO, novela, 4 pts.**

De venta en las principales librerías.



DIRECTOR: AGUSTO MARTÍNEZ OLMEDILLA

## LOS HUESOS DEL ABUELO

Se despertó temprano y saltó del lecho para entreabrir las maderas del balcón y mirar al cielo.

Era terrible aquella enemistad que solía tener el tiempo con las fechas populares. Esas lluvias, *de mala idea*, en las verbenas, los carnavales y las procesiones, eran más temibles para Adelina en el día de los Santos; ese día de fiesta por excelencia para ella, que era la representante del muerto ilustre, al cual iba a ver al cementerio todos los años en aquella fecha.

El tiempo estaba despejado, el sol, oculto por los tejados de las casas próximas, esclarecía con el brillo de sus rayos la banda del cielo, que era como toldo de la calle. Los arbolillos desmedrados, que apare-

cían por cima de la tapia del jardinillo de enfrente, no movían su ramaje.

— ¡Hace un día hermoso! — murmuró con un suspiro de satisfacción.

Metió en las babuchas los piecitos menudos y blancos, de un delicioso arqueado, sin cuidarse de ponerse las medias, y se envolvió en la bata de lanilla azul que tan bien rimaba con su piel de rubia y sus crenchas rojas, para llamar a las puertas de las habitaciones de su madre y de su hermano.

— ¡Arriba! ¡Que hace un buen día!

Era preciso madrugar y todos lo hacían sin protesta, cosa rara, en especial en Paquito, que se recogía

R-69-

de madrugada, tomaba el desayuno en la cama, y no se levantaba hasta las tres.

Pero aquel día era obligatorio ir al viejo cementerio, ya cerrado, donde descansaban los huesos del ilustre abuelo, que protegía con su nombre a toda la familia.

Don Luciano de Campo Grande había sido un grande hombre en la primera mitad del siglo XIX. Una enciclopedia de arte que sobresalió en el periodismo naciente y en la poesía dramática. Sus contemporáneos le habían hecho justicia. La familia conservaba colecciones de periódicos de la época llenos de elogios al ilustre escritor.

No había fiesta, banquete o cenáculo literario en el que no figurase Campo Grande. Él leía versos en todas las ocasiones solemnes y hacía oír su opinión en todos los casos difíciles.

Daba espléndidas reuniones en su casa, donde acudían todos los artistas de la época. Allí leía él las primicias de sus dramas, que se avaloraban en el ambiente cálido del comedor, entre los licóres y el café, con el ensueño a que predispone la buena comida reciente y los vapores del champagne.

Se citaba continuamente a Campo Grande, popular en la escena y en la Prensa, de modo que su vida era una fácil carrera triunfal, de la que descansaba en la poltrona de la Real

Academia, o en los escaños del Congreso.

La muerte de Campo Grande fué una manifestación de duelo. Uno de esos entierros a los que concurren los escritores, los políticos y los académicos, y cuya reseña aparecía con orla negra en los periódicos.

Campo Grande dejó un hijo y una hija, Francisco y Pepita, los cuales no se enteraron de la importancia de su padre hasta después de su muerte. El varón era el mayorazgo y se preocupó más de la fortuna que de los papeles, cintas, fotografías y recuerdos que guardó celosamente la hermana.

Don Francisco metido en negocios de Banca, se ocupaba poco de la literatura de su padre, aunque notaba que se tenía en sociedad muy en cuenta su ilustre apellido. En los versos de su padre se prendió el espíritu de la marquesita de Guayacal, ética y millonaria, de la que tuvo una hija, en la que amenazaba extinguirse la rama masculina de Campo Grande.

En efecto, a la muerte de don Francisco, Matildita era ya una solterona rancia, que no había tenido juventud ni trato con las jóvenes de su edad, encerrada en su muralla de millones.

Continuó viviendo en el suntuoso palacio de Guayacal, del que sólo ocupaba dos pequeñas piezas que

daban al jardín, inmenso, sin flores, pero lleno de cedros, acacias y castaños, que subían más altos que el tejado.

Con una sola criada para su servicio y el de la capilla, donde venían todos los días a decirle la misa por sus antecesores, paseaba como una sombra por los grandes salones desiertos, pisando levemente los preciosos tapices entre las ostentosas sillerías cubiertas con sus fundas de crudiillo, contemplando los techos ensamblados de los que pendían las grandes arañas de cristal, metidas en los mosquiteros de gasa rosa, y mirando distraída las paredes, donde entre el encuadramiento de dorados, lucían grandes cuadros al óleo, cuyos autores no sabía quiénes eran.

En su soledad, tenía la pasión de la avaricia, que disculpaba diciendo que atesoraba para los pobres, a los que dejaría su fortuna al morir. De ese modo quitaba la esperanza de heredar, a la prima Concha, hija de la tía Pepita, la que a pesar de llevar ya en segundo apellido el del abuelo Campo Grande y de no tener un céntimo, lo explotaba para presentarse y figurar en todas partes mucho más que ella.

La tía Pepita se había casado con un poeta que merced al nombre del suegro logró publicar varios libros, meterse en la Academia y figurar como un personaje.

A su muerte, la viuda había tenido la habilidad de lograr que las Cortes le votaran una pensión, como hija del gran hombre, y seguir figurando con su hija en todas partes.

Matilde achacaba los éxitos de la prima a la falta de pudor, no a que fuese más guapa que ella.

Conchita vivía en el mundo sin comerse a los curas, como decía al hablar de su prima Matilde, o sin preocuparse de las cosas de Dios, como aseguraba ésta.

Las pocas veces que se veían, Matilde se escandalizaba de los descotes y los trajes de Pepita, y ésta salía criticando los vestidos sucios y los zapatos torcidos de la millonaria, tan severa que prohibía a las criadas las faldas cortas y los cabellos rizados.

—No envíe usted a preguntar por mí—le había dicho a su tía—; sus muchachas inmoralizan a las mías con esos trajes que no se pueden tolear en una casa honrada.

Cuando murió doña Pepita, Matilde quiso hacer de Concha, que se quedaba pobre y sola en el mundo, su señorita de compañía, pero la muchacha se dió trazas para heredar la pensión de la madre y casarse con un industrial de buena posición, dando así a la devota tal rabietta que fué a unirse con sus antepasados sin dejarle ni un céntimo. Concha no fué feliz en su matri-

monio. Tenía la conciencia de su alta dignidad como nieta de don Luciano Campo Grande y no podía tolerar a su marido, un vulgar comerciante, que no sabía apreciar su abolengo, ni la excelsitud del literato ilustre.

Para don Eulogio era letra muerta todo aquello de la literatura. La grandeza del hombre y el talento se medían por el dinero que ganaba. Ser pobre era no tener talento ni saber lo que se pesca.

Se reía de las delicadezas y de las costumbres refinadas de su mujer, siempre atenta a la superioridad de su raza. Las disputas eran frecuentes, y como Concha tenía un gesto, algo masculino, de acariciarse la barbilla, como los hombres que se tiran de la perilla, un día se le ocurrió decir a don Eulogio:

—Mi mujer admira tanto a su abuelo, que todos los días se toca la barba para ver si le ha nacido ya una perilla como la suya.

En verdad que Conchita, a pesar de ser muy guapa, era insuportable en su calidad de descendiente del ilustre.

Todo lo que su marido hacía estaba f a l t o de distinción. El buen hombre no podía llamar a la criada sin tocar el timbre, ni estar en la mesa sin cuello o con zapatillas, ni permitirse escupir delante de la esposa.

—Esto no es una mujer — solía

decir desesperado—. Me casé con un tratado de urbanidad.

Solía irse de francachela con sus amigos y con alguna muchacha alegre, en la que estimaba el lenguaje rudo e inculto, para descansar de la exquisitez de Concha.

—Necesito que digáis barbaridades—recomendaba— para pasar lo untoso del trato de mi familia. Me hace el efecto de un vaso de vino fuerte d e s p u é s de haber comido pringue.

Sin duda reventó de un ataque de culteranismo. Porque los dos hijos, Paquito y Adelina, e r a n Campo Grande como la madre, según decía Concha con orgullo.

Entonces fué cuando Concha supo explotar los huesos del abuelo.

Con el prestigio de Campo Grande consiguió las plazas del Colegio de Niños Ilustres para educar a Paquito y de Doncellas Nobles para Adelina.

Gracias al esfuerzo de Concha y de sus padres, la figura del abuelo, en vez de perderse, se había ido haciendo cada vez más importante.

Ya el yerno póstumo cuidó de la evocación que le daba personalidad en las redacciones y en los saloncillos de los teatros, como hijo político del eminente Campo Grande.

Gracias a este culto, a la influencia con que hacían que se le citara en todas ocasiones, al deseo de mantenerlo vivo, las generaciones lo

iban estimando más, sin hacer una revisión seria de valores, conforme se alejaban más de él. Entraba en esa nomenclatura de nombres ilustres, que comenzando por unos verdaderamente admirables, seguía con otros, unidos a ellos, que salían a relucir por la costumbre y como si los otros, a fuerza de estar unidos, se hubiesen enredado con ellos como se enredan entre sí las cerezas.

Estaban siempre alerta, siempre prontos para contestar a cualquier artículo o cita poco considerada para su glorioso antepasado.

Era un cultivo productivo el de la memoria ilustre, pero en la época de materialismo que atravesaban era necesario apoyarla en algo real, para que no quedase sólo el recuerdo como una idea o un símbolo: había que cultivar los huesos.

Concha, que era mujer de ingenio, tomó esa tarea cuando aún vivía doña Matilde.

En una reseña de día de los Santos, un cronista aficionado a rondar por los viejos cementerios, habló del abandono del nicho del grande hombre.

Este fué el pretexto para que su nieta insertase en toda la Prensa una carta sentimental, contando sus solitarias visitas, ya que su pobreza no le permitía ponerle lápida, blandones y coronas, como él merecía.

De aquí nació la idea de la primera pensión que disfrutaron. Era

una mina a aquella evocación del abuelo. Concha había estado en el sanatorio, de resultas del nacimiento de su hijo menor, sin que el médico director le cobrase un céntimo, gracias a la admiración que profesaba a las obras de Campo Grande, cuya edición, hecha con gran lujo por la Real Academia, tenía en su despacho, esperando hallar tiempo de leerlas alguna vez, pues no conocía más que su fama.

Con el nombre del abuelo se educaron sus hijos, tuvo una pensión para viajar el chico y la niña fué todos los años a las colonias escolares en lugar preferente.

Era un tesoro su apellido para tener relaciones. Se las disputaban en los salones, para poner en la lista de nombres ilustres a las de Campo Grande.

Hasta acudieron a un Rey de Armas, que mediante algunos miles de pesetas, trabajosamente ahorrados por Concha, les hizo el árbol genealógico.

Era un prodigio como manejaban los Archivos aquellos funcionarios, concedores de los claros linajes y de los misterios de la heráldica.

Campo Grande resultaba, por línea paterna, descendiente directo de Guzmán el Bueno, y por la materna, de Santo Domingo de Guzmán.

—Un héroe y un santo—como

decía conmovida Conchita—, aunque eso de la descendencia directa del fraile no dejaba de escamarla un poco.

Pero el Rey de Armas le certificó la Ejecutoria, con la portada de pergamino, en el que se grabaron las doradas letras góticas.

Dentro, con la historia de sus famosos apellidos, estaban los escudos que correspondían a cada uno de ellos, y el compuesto de todos que tenían derecho a usar. Paquito lo llevaba en su sortija y Concha se proponía bordarlo en sus pañuelos y en su ropa interior; sobre todo si se casaba la hija con un hombre rico y podía grabarlo en la manta de sus caballos y en la portezuela de sus coches.

Se pasaba las horas mirando los centenares de partidas de bautismo llegadas de los pueblos donde vivieron sus antepasados, que les habían enviado los párrocos.

No era aquella nobleza una invención. Se recreaba en la contemplación del árbol genealógico, en el que se abrían los redondelitos de las hojas, en cuyo centro campeaban los nombres ilustres de los antepasados.

Por fortuna, no figuraban los oficios. El bisabuelo del ilustre Campo Grande se decía que era un pobre albañil y el padre se enriqueció en el comercio de *ébano*

*vivo*, como llamaban a los negros.

Pero la Ejecutoria de Nobleza, el Arbol Genealógico y los Escudos de Armas estaban allí, ilustrados por el genio de D. Francisco.

—Esto bien administrado, es un tesoro—decía ella a sus hijos—. Hay nuevos ricos que pagan a peso de oro la alianza de personas como nosotras. El día que tengamos dinero, no nos costará trabajo tener un Marquesado; ¡y quién sabe si con Grandeza de España! para estar delante del Rey sin quitarse el sombrero.

Verdad es que conservar el lustre del apellido obligaba a no pocos sacrificios. Uno era aquel del día de difuntos. Ya desde una semana antes comenzaban la tarea y los preparativos. Salían las coronas de las cajas donde estaban guardadas, envueltas en papeles y oliendo a naptalina para librarlas de la polilla.

Era preciso planchar las anchas cintas y dar unos toquecitos con agua de goma y purpurina a las letras que comenzaban a borrarse en las dedicatorias conmovedoras y rimbombantes.

Cada corona exigía cuidados diferentes. Las de azabaches y vidrio se empañaban y era preciso limpiarlas bien para que volvieran a brillar. Las de amarantos y siemprevivas era necesario reponerlas; las de flores de tela había que refrescarlas para que los pensamientos y las vio-

letas lucieran sin esa marchitez de la flor de trapo, más ajada y lamentable que en los pétalos de la flor natural. Se encendían blandones en candeleros de hierro, guirnaldas de luces en fantásticos aparatos; se adornaban los ámbleos; todo tenía un aspecto nuevo, luciente, que atraía la atención de los visitantes al cementerio. Pero a aquel cementerio, con el *completo* puesto, no iban tantas personas como a los que aún recibían huéspedes. Era como si el lugar donde podían reposar un día ejerciese una atracción a la que la multitud obedecía inconscientemente.

Siempre se hacían o se reformaban algún traje negro para ese día la madre y la hija. Uno de esos trajes, de un negro muy mate, con el que resaltan más los grandes descotes blancos y los hacen más descotes, más blancos y más grandes. Se ponían ese día los largos pendientes de azabache, que también encuadraban su belleza de rubias.

Tenían algo de triunfadoras en aquellos días de difuntos. Entraban en el cementerio regimiento, como si caminaran a los acordes de la Marcha Real, y permanecían ante la tumba como si hiciesen su guardia en una capilla ardiente.

Paquito no iba más que un momento, como si se limitara a dejar tarjeta; pero las dos mujeres se pasaban allí el día, y aunque parecían

absortas en su oración, no dejaban de ver y de fisgar todos los grupos que pasaban. Unos miraban con curiosidad la ostentación de luces y flores, entre las que delectaban el nombre de Campo Grande. ¡Con qué emoción lo oían ellas pronunciar! Se creían que era el aura de la popularidad, el vientecillo de la gloria lo que las rodeaba. Se sentían interesantes, superiores; hubieran querido llevar una gran *pena* en sus sombreros para estar como más cercanas en el tiempo y en el parentesco al fallecido. Les molestaba aquella fecha tan lejana que se leía sobre la lápida.

A veces se indignaban cuando pasaban indiferentes. Esos enamorados que pasean su idilio entre las tumbas, o esos grupos que iban a comer y a beber hasta la saciedad, junto a los muertos, como si así afirmasen más la sensualidad de su vida.

Tenían que hacer un esfuerzo cuando alguno preguntaba:

—¿Quién es ese Campo Grande?  
Y escuchaban la contestación brutal:

—Pues no lo sé.

—Me parece que era un escritor.

Se miraban y se sonreían, como si se dijeran:

—¡Qué gente tan inculta y tan vulgar!

Las desquitaba el desfile de sus amistades, a las que indirectamente

habían invitado, como se invita para las mesas de petitorio.

Las recibían como en un besamanos, allí, fuertes en el palacio de su muerto. Crecían en la consideración de todos, y raro era el año en que la niña y la madre, que era una jamaona de muy buen ver, no sacaban un pretendiente nuevo, de las coquetuerías respetuosas que tenían lugar ante el nicho.

Aquel año, gracias a su reciente viudez, Concha estaba más guapa, más sugestiva, con la larga pena, que la rejuvenecía, como si hiciese más aguanosa y azucarada su belleza de albaricoque maduro. Se mostraba más lacerada por el pesar de tener que estar allí, ante el nicho carcomido, en aquel lienzo del cementerio, que amenazaba con desmoronarse y caer.

—Sólo en un país como éste—repetía con tristeza—sucede una cosa así.

Cuando algún amigo o admirador solícito le ofrecía:

—Tenemos que trasladar estos gloriosos restos.

Ella movía la cabeza con su dignidad mesurada, para responder:

—Yo no profanaré estos queridos huesos, que tanto respeto, como no sea para llevarlos al lugar donde, por derecho, les corresponde estar.

No tenía que explicar más. Todos sabían que se trataba del Panteón de Hombres Ilustres. Representaba

para ella algo como un seguro de muerte, de que el muerto seguiría siendo gran muerto por una eternidad. Estar en el Panteón era dar carácter oficial a una gloria, que no le negaban, pero que tampoco reconocían ampliamente.

Por eso aquel año habían madrugado más, habían hecho más cuidadosa la *toilette* y estaban ansiosas ante el nicho: había prometido ir nada menos que el ministro de Gracia y Justicia.

Concha sabía que tanto ella como la niña le gustaban al vejete, alegrito, decidor, hombre de sociedad, que no faltaba a ningún teatro ni a ningún banquete. Esperaba decirlo definitivo para asegurar la gloria de la familia.

¡Con qué emoción vieron llegar a su excelencia! Saludó, tan simpático; pronunció una oración fúnebre, con tonillo de discurso aprendido para todos los muertos del catálogo de la época; habló con Paquito, como el que sabe que por la peana se besa a los santos, y se marchó ofreciendo ir a visitar a las señoras para tratar de aquel asunto de interés nacional.

Cuando se alejó, la madre y la hija notaron que la gente miraba con mayor respeto la tumba de Campo Grande. ¡Debía ser mucho personaje cuando así las trataba el ministro!

Paquito aprovechó la ocasión pa-

ra irse detrás de dos lindas muchachitas, deseosas de saber quién era Campo Grande. Se perdió con ellas

entre las tumbas, contándoles que el abuelo había sido un gran hombre y se parecía mucho a él.

## II

Las gentes empezaban a murmurar de la asiduidad de don Facundo Castro Martínez, el ministro de Gracia y Justicia, en casa de los descendientes del ilustre Campo Grande; pero, en verdad, aquello no tenía nada de particular. Concha había sabido conservar siempre las mejores relaciones, y además el anciano, pese a sus posturas galantes, tenía algo de contemporáneo del abuelo.

Hombre bien educado, incapaz de abusar, sentía halagado su instinto senil con el trato de dos mujeres hermosas, que lo aceptaban tiernas y confidenciales como al *protector* de la familia.

Gracias a él Paquito tenía un destino en el ministerio y Concha esperaba lograr el deseo, tan ardiente, del Panteón Ilustre.

En realidad, la pobre Concha había luchado mucho. Aquel mayorazgo de su familia que se había mostrado extraño a la gloria de su padre, y cuya descendencia se había extinguido en la vieja devota, que pasó la vida en la soledad, enferma,

sin más sociedad que la criada ni más *diversión* que la misa, había sido para ella acicate y deseo de vengar la injusticia cometida con su madre y de vencer el orgullo de las ricachas.

—En la herencia, a ellas les tocó el dinero, y a nosotras la gloria— solía decir doña Pepita con arrogancia.

Ella había guardado todas las cosas del padre que tiraba el hermano. Recortes de periódicos, artículos, papeles. Un tesoro, que poco a poco habían explotado después su esposo y su hija.

Concha había hallado la manera de organizar su vida a costa de la gloria del abuelo. Pero era necesario renovarla de vez en cuando y tenerla como norma continuamente.

Había que aprovechar todas las ocasiones: aniversario del estreno de una obra o de la publicación de un libro; de la entrada en la Academia, del primer discurso en las Cortes.

En uno de estos momentos lanzó en los periódicos la idea de la sus-

eripción para hacer una estatua y colocarla en Villacarrillo, tierra natal de Campo Grande, donde se inauguró con toda solemnidad. Habían ido Comisiones de Madrid, y toda la familia, a costa del Ayuntamiento.

La mitad de lo recaudado fué para Conchita con perjuicio de la estatua, que hizo, por economía, un escultor mediocre.

Pero allí quedaba el buen Campo Grande junto al mar, en la plaza pública, erguido sobre su pedestal, en torno del cual lloraban las musas. Estaba representado con un legado en la mano, puesto de levita, porque entre las anécdotas, cultivadas por la familia, en esas entrevistas que se hacen con ella, a pesar de que suelen ser los que menos conocen a sus ilustres, estaba la de que don Francisco era tan correcto que alguna noche no se quitó la levita ni para acostarse y se metió en el lecho con chistera y todo.

En aquel acto conoció la gloria toda la familia; los colocaron en una tribuna, los agasajaron y los aplaudieron.

En otras ocasiones, la s o m b r a protectora del abuelo los sacó de apuros, recurriendo a veladas en las que Adelina, vestida de blanco, descotadita, luciendo las pomas nacientes y los bracillos sin redondear, dijo versos con un encanto inocente.

Aprovechando un alcalde amigo

se puso una lápida en Madrid en la casa donde murió Campo Grande, con un medallón y un retrato, al que no tardaron los chicos del barrio en quitarle la nariz. A pesar de eso, todos sostenían que el retrato se parecía a Paquito. A fuerza de oírlo repetir, él decía ya siempre:

—Mi abuelo era un hombre de mucho talento; se parecía a mí.

O bien:

—Mi abuelo era un moreno muy guapo; se parecía a mí antes de ponerse gordo.

Pero Adelina no estaba tan contenta. Veía que su madre comenzaba a pensar en un enlace posible con Castro Martínez, que a pesar de ser un cotorrón con aspecto de hombre irónico superior, sentía en el fondo una gran debilidad por los encantos juveniles.

—Es lo bastante vejete — decía Concha — para sentir el deseo de tener la comodidad de una casa y la gracia de una mujer bonita y distinguida a su lado.

—Pero mamá — replicaba Adelina, que no era tan inocente como le hacían parecer sus ojos ahuevados y sin expresión, esos ojos que por carecer de pensamiento parece que encierran cosas profundas—. Pero mamá, Castro Martínez tiene una querida.

—Es casada... No lo compromete.

—El es riquísimo...

—Y tú más rica que nadie con tu apellido, ¿qué más puede desear?

—Es que yo quiero a Manolo.

—Tú no sabes lo que es querer.

—Te aseguro que sí.

—Tonterías. La ilusión en el matrimonio dura cuatro días... y la vida es larga. Por mucho que un matrimonio se quiera, sin dinero, no puede ser feliz. No hay amor que resista a la miseria, las privaciones. Créelo, hija, donde no hay harina todo es mohína.

—Pero don Facundo no me ha dicho nada.

—Ya dirá, si eres hábil.

—¿Por qué no te casas tú? Le gustas.

—Sí, pero conmigo no se casaría... y yo me debo a nuestro apellido.

—Pues yo, a pesar de todo, quiero a Manolo. El pobrecillo se moriría si lo dejara.

—Ningún hombre se muere. ¡Valiente porvenir tendrías con él! El mío con tu padre, que de no ser porque tuve disposición ya nos hubiéramos muerto todos en un hospital.

—Exageras.

—Digo la verdad. Tú eres una bobita que no sabes lo que vale el dinero. ¡Ahí es nada ser la señora de Castro Martínez, con coche galoneado y todas las comodidades.

—Al lado de un viejo.

—Los hombres no son viejos nunca.

Así acababan todos los días las disputas sin que ninguna de las dos se diese por vencida.

Sin embargo, la madre iba ganando terreno. Había logrado que Manolito Montenegro no asistiera a la reunión que daba semanalmente.

—Es usted demasiado expresivo con Adelina—le había dicho—, para no parecer ante todos como su novio. Se ve a la legua que los dos se aman.

—¿Y qué mal hay en eso, señora?

—Que yo no quiero que mi hija tenga un novio *oficial* mientras no sea una cosa seria.

—Ya sabe usted, doña Concha, que yo pienso seriamente. El año próximo, en cuanto ascienda, nos casaremos.

—Pues, hasta entonces, demos tiempo al tiempo. Puede usted visitarnos, como amigo, los días que estemos solas, en mayor intimidad.

Los dos novios tuvieron que resignarse y, aunque Concha le prohibía a Adelina todo *visaje*, siempre encontraba ésta medio de escaparse de sus tertulias para darle un apretón de manos o una cartita, que calmaban los celos del enamorado, a través de la reja.

—Si no te quieres casar—le decía la madre, desesperada de su terquedad—, espera, al menos, que le saquemos a Castro Martínez el traslado de los huesos del abuelo y luego puedes hacer lo que te parezca.

### III

Aquella tarde había reunión en casa de las de Campo Grande. Aprovechando el pretexto del calor que se dejaba sentir ya en Mayo, Concha tenía abierta la ventana para disfrutar el espectáculo de tantos coches de lujo parados delante de su puerta. Su mirada se detenía con deleite en el auto de lacayos galoneados, el auto de todos los ministros, que era entonces el auto de Castro Martínez.

Verdaderamente era admirable la obra de Concha para levantar así, sin dinero, el prestigio del nombre de su familia. Tenía que estar siempre atenta a conservar su rango; sin tratar más que con gentes de alcurnia, bien consideradas y que no se mezclasen con ellas, en sus reuniones, los descendientes de otros ilustres con los que necesitaba estar siempre en contacto.

Porque aquellas familias, quizás, obedeciendo a un mismo sentimiento, se conocían todas entre sí. Para un observador, eran como familias marcadas por una dolencia constitucional, que les producía una tara, una palidez, una cosa como de en-

fermos del pasado. No podía explicarse la sensación. Era una cosa como de enfermos por influencia de un muerto que tomaba parte de su materia para vivir.

A veces, entre los ascendientes, hubo riñas, celos, desafíos, enemistades ruidosas; y, aunque éstas no separaban ya a los descendientes, contribuían a afirmarlos más en que *su muerto* era superior a los muertos de los otros. En esto eran todas irreductibles. Los que más brillaban eran los que tenían descendientes más intrigantes, no los que valieron más.

Se tenían celos y se espiaban, para conspirar y lograr un artículo, una entrevista, un honor antes que los otros.

Se indignaban de que la Prensa no daba una atención constante a los antepasados. Creían que la envidia de los jóvenes tenía prisa de enterrar, de quitar de enmedio, a las glorias antiguas.

Quizás pensaban así por su propia experiencia ellos que estaban aplastados por la gloria de sus muertos. No podían ser más que

descendientes. Parecía que necesitaban poner en el padrón: *Profesión*, "Descendiente".

Si uno era buen pintor comparado con los de su tiempo la envidia lo comparaba con el abuelo y distinguía sus nombres con los adjetivos de *El bueno*, aplicado al antepasado, y *El malo*, aplicado a él, injustamente.

Estaban siempre bajo la tutela del muerto. No podían atreverse a pintar, a escribir, a esculpir o componer música, sin estar anulados de antemano por la comparación. Las críticas estaban hechas con el patrón cortado de la degeneración de las familias.

Hasta en su vida privada había que estar atentos a no empañar la gloria del ilustre.

Sobre todo no podían trabajar, ni llevar cuentas como las personas vulgares. Los tentaba a todos el arte, ser músicos, artistas, pintores, pero nada más.

Los que no tenían fortuna, preferían pedir a sus conocimientos, empeñar y trampear, antes que descender a trabajar o tener un empleo.

—¿Qué diría el abuelo si levantara la cabeza!

Concha era de la aristocracia de los descendientes. Ella tenía un concepto de su superioridad, del que era celosa. Censuraba a la hija del escultor Marsilla, tan desarreglada

haciendo gala de su bohemia de *ilustres*. El día que tenía dinero se daba un banquete la familia, champagne, langosta, caviar y cuanto encontraban de exquisito en el mercado.

Luego venían los días de ayuno, de acostarse sin comer nada más que lo que tomaban en los tés.

Mandaban a empeñar ropas, sálanas y colchones y luego recurrían a los admiradores del padre para que se los sacaran del Monte de Piedad, pregonando su miseria sin pudor ninguno, a pesar de tener cuatro hijos varones, que no podían trabajar en un oficio, sin menoscabo de su gloria.

Era bastante corriente aquello entre los descendientes. Los del pintor Nogales, del dramaturgo García, del músico Sánchez, todos explotaban su situación de privilegio a costa de los antepasados.

La viuda del poeta Valarino era un caso abominable. Tenía en la bohardilla, entre los trastos viejos, los versos, aún inéditos, de su marido, cartas, coronas y hasta retratos, con autógrafos de príncipes y monarcas, sin hacer caso de ello para nada.

—¿Cómo podrá un hombre de talento casarse con una bestia así, incapaz de comprenderlo?—solía preguntarse Concha.

—Les está bien empleado, porque se casan, dominados por la lujuria,

con el primer montón de carne que encuentran—decía otras veces.

Las de Pino Hermoso eran, no sólo un caso de indiferencia para el gran novelista que fué su padre, sino de hostilidad.

—Tuvo la habilidad de no dejarnos un cuarto, con una honradez estúpida—decían con rencor—. Nos hubiera hecho falta menos gloria y más dinero.

Igual les pasaba a las de Rodríguez.

—Nuestro padre, con su música y con su gloria, no se cuidó jamás de nosotros—decían—. Nunca nos dió un beso. Era una fiera para la familia.

Había el caso de las de Marchán que medían la gloria del bisabuelo por los millones de reales que había ganado. Amadito, un pollete aristocrático, solía llevar en la cartera, para enseñarlo, el balance de los ingresos, que el ilustre tuvo la paciencia de hacer, y humillaba con sus millones de reales a los que no cosecharon más que gloria.

Eran pocos los casos de la discreción de Rosita, la descendiente del poeta Márquez, que hacía de la memoria del padre un culto silencioso para guardarla en su espíritu como en un santuario, siempre llena de ternura filial y sin explotarla jamás.

Era a esa a la que le tenían más odio, porque, con su conducta pon-

derada, hacía más notable el contraste de sus egoísmos y ridiculeces.

Tipo había que, sin perjuicio de enorgullecerse de su alcurnia cuando les convenía, ocultaban celosamente todos los detalles de sus antepasados, en cuya moral había alguna mancha.

A casi todos les molestaban las abuelas. Las esposas de los ilustres no hacían el mejor papel. Quedaban, por lo menos, en un plano inferior, reducidas a una especie de gobernantas que no participaban de la gloria del esposo. Se quedaban anuladas por ellos hasta ante la misma familia.

Además, era peligroso investigar en las abuelas, ya por una cosa, ya por otra.

Conchita no gustaba de hablar mucho de la suya, y eso que no había sido de las que pusieron en ridículo al marido por su infidelidad. Algunas hubo que abandonaron al genio y hasta a sus hijos; por un hombre grosero y vulgar.

Su abuela no era de esas, pero no era *chic*. Procuraban mencionarla sólo de pasada, con su frase hecha: “Una esposa virtuosa y bella”. “La ejemplar compañera de su vida.” Bastaba con eso.

Pero les molestaba que les hablasen de ella. Los descendientes rivales guardaban el recuerdo de que doña Juana fué una criada de los

padres de don Francisco Campo Grande.

No debía ser mujer sabia, porque cuando su marido llegó a académico ella aprendió a leer; y se interesaba tanto por las grandes ideas que en las comidas o en los bailes a que don Francisco tenía que ir acompañado, por exigencias protocolarias, ella solía preguntar de pronto, poniendo en un compromiso al interlocutor:

—¿Qué piensa usted de lo inminente? o ¿A qué escuela filosófica está usted afiliado?

La meticonería que había heredado Concha.

Aquella tarde, Concha se sentía feliz. Nunca había sido su reunión tan numerosa. Se veía el influjo de sus relaciones con el ministro Castro Martínez. Venían por primera vez muchos aristócratas a los que ya conocía de encontrarlos, en sociedad, pero que no la habían visitado; y les habían presentado otras damas y caballeros. Todos personas distinguidas.

Para que no quedase nadie sin enterarse de la carta que, por mediación de Castro Martínez, le había escrito aquella tarde el presidente del Congreso; Conchita había tenido que leerla ya más de treinta veces. Su excelencia le ofrecía interesarle en el traslado de los restos del ilustre muerto y tenía palabras lisonjeras para el talento y la

belleza de la madre y de la hija, repitiendo la vulgaridad de las *facultades heredadas y de tal palo tal astilla*.

Resultaba muy elegante aquella reunión en la linda salita del piano, llena de almohadones y flores, con trapitos bordados y cintitas rosas, desde cuyo testero principal presidía el retrato de Campo Grande, embutido en su levita, con su gran perilla y la cara pálida hasta la amarillez, por la decoloración de la pintura, que perdía los tonos de carne para tomar los tonos de cera.

Allí estaban coronas del difunto, diplomas y medallas, en la vitrina, la casaca de académico con las palmas bordadas y el espadín cerca de la banda de ministro. No faltaba un gran guante de cabritilla que se quitó para firmar el célebre manifiesto de Octubre y la pluma de oro que empleó.

El cajón del entredós estaba lleno de cintajos y de autógrafos de don Francisco, de cartas de amigos suyos que llegaron a ser célebres. Eran las cosas que se sacaban y se enseñaban los días de gran recepción y que les servían de credenciales para presentarse ante las nuevas relaciones importantes.

Adelina estaba encantadora con el traje fresa, que le sentaba bien a su belleza de rubia bobalicona, de tez lechosa.

Lo habían hecho entre su madre

y ella por un patrón cortado de *La Moda*, pero le había puesto una etiqueta de un gran modisto para no confesar que era factura de *Madame Manazas*. Era Adelina, con ayuda de dos amigas jóvenes, la que servía el té; pero antes había salido un cuarto de hora de la sala para ir a la cocina a hacer unos buñolitos especiales, que no sabía hacer nadie como ella y la mamá quería que los probasen sus invitados.

—No debía yo decirlo—confesaba—, pero es una alhaja esta hija mía. Todos los *sandwiches*, las pastas y hasta el *plum-kake* están confeccionados por ella. Tiene una s condiciones de mujer casera que encanta.

Todos asentían, cumpliendo la obligación de engullir doble ración de las apetitosas golosinas hechas por las manecitas de la biznieta de Campo Grande.

¡Se prestaba a tanto flirt y coquetería un té así! La primera taza, haciendo abstracción de las damas, fué para el señor ministro, que rebosaba contento viéndose tan mimado, concedía gran importancia a todo aquello, y se dejaba deslumbrar por el brillo de la ilustre alcurnia, recordando los sencillos aldeanos que fueron sus padres y lo mísero de su infancia. ¡Tenía cerca de veinte años cuando vió por primera vez un cepillo de dientes!

Paquito se sentía feliz entre un

coro de chicas que *se lo rifaban* por su parecido con el bisabuelo y por la esperanza de lo que podría llegar a ser un chico a cuya casa iban a tomar el té los ministros.

Su excelencia se entretenía en ver el gran álbum de retratos en daguerreotipo y de las primitivas fotografías. Todas pequeñas, de fondo claro, por lo general, con figuras de cuerpo entero—porque el perdonar el salir todas enteras fué una conquista de la costumbre de retratarse—, estaban todas muy perfiladas y muy vestidas. Ellos, con la chistera y los guantes puestos, y ellas, con las mantillas, los chales y las capotas. Era uno de esos álbums que parecen dar abolengo aristocrático a sus poseedores y que compran en el Rastro los nuevos ricos.

Toda aquella colección de retratos de muertos daba la impresión, por su amarillez, de que se habían retratado después de morir. La época les daba a todos un aire de familia. Se advertía cómo con la moda cambiaba el tipo físico. Era una contextura diversa de la actual la de aquellos hombres enjutos y algo ascéticos y de aquellas mujeres de anchos hombros, senos opulentos y cuerpos en forma de ánfora.

Había siempre un deseo de saber ante el enigma de aquellas personas que vivieron y quedaban así inmovilizadas y mudas.

Castro Martínez preguntaba con interés, y Adelina sentía cierto orgullo al responderle que aquel caballero con el hábito de Santiago, que parecía salir del baño, era su tío; que la dama del collar de perlas era su tía, que la otra, tan hermosa, era su abuela. La enseñaba con gusto al verla tan guapetona con el mantón de flecos, el velo encima y el libro de misa en la mano. Tenía un aire de solemne distinción.

Conchita tendía sobre la niña una lánguida mirada maternal, deseando sorprender las emociones que causaba a Castro Martínez y veía con disgusto cómo Adelina se distraía, mirando sin cesar hacia la calle con la inquietud de que Manolo la viese en aquel flirt por la ventana abierta.

—Se parece usted a su abuela— dijo, queriendo ser galante, Castro Martínez.

La joven levantó sus hermosos ojos ahuevados, como ojos de muñeca, de cristal, y los fijó sin expresión en el personaje.

—¡Qué ojos tan hermosos y tan

limpios! — siguió él, bajando su fuerte vozarrón—. Parece que en ellos resbala todo lo que miran. Por eso me gustaría mirarme en ellos.

Esperaba una contestación; pero Adelina había visto pasar a Manolo por la acera de enfrente en aquel momento preciso de la mayor infidelidad. El corazón le dió un vuelco en el pecho, con un movimiento de pájaro asustado. Todo su amor se levantó imperioso con el miedo de perder a su novio o de causarle una pena, y, sin reflexionar ni darse cuenta, soltó el álbum y escapó corriendo, con gran susto de la madre, que no sabía qué hacer para disculparla.

Pero Castro Martínez sonreía ante lo que creía huida de la inocencia asustada, mientras Adelina le hacía señas a su novio desde la ventana de la alcoba.

Cuando se despidió besó respetuosamente, con un beso filial, la perfumada mano de Concha y la dijo:

—Esta misma semana arreglaremos lo del traslado del abuelo.

#### IV

Habían llegado al momento de la suprema apoteosis de la familia, aunque no tal como Concha había deseado. Castro Martínez había tro-

pezado con dificultades insuperables para llevar el cadáver al Panteón de Ilustres, pero había concedido un crédito para elevarle un mausoleo

en Villaseca, su tierra natal. Concha se daba por satisfecha, salvando así de un desaire el cadáver del abuelo. Tener panteón propio en la tierra donde se ha nacido disculpa de no estar en el de Hombres Ilustres. El muerto retirado a su provincia tiene algo de esos grandes señores que se retiran de la corte llenos de puritanismo, para vivir en la aldea sin contaminarse. Eso los ennoblece y los acrisola más.

Sentía Concha cierta satisfacción ya con el retiro del abuelo, con el reposo definitivo del cadáver ilustre. Los huesos así honrados le conservarían el prestigio a la familia y la dejarían descansar.

Ella aseguraba ya su suerte y dejaba de luchar con la influencia de las del pintor Argüelles, del escultor García, del poeta Rodríguez, del general Romero y todas aquellas gentes que intrigaban y removían huesos de antepasados.

Villaseca le iba a votar una pensión con pretexto del traslado de los restos gloriosos, y eso aseguraba su vida. En esa ocasión se verificaba la apoteosis final. Iba de Madrid una verdadera romería de políticos y de artistas. Representaciones del Centro de Hijos Ilustres, del Circulo de Artes Bellas, de las Academias, del Gobierno. Se dejaba sentir la influencia de Castro Martínez, hombre de porvenir en la política, al que todos querían adular.

Adelina había de leer y declamar en las veladas solemnes que se verificarían. No cabía duda de que una gran parte de aquella gloria recaía sobre ella, y así como Paquito debía aprovechar para el ascenso, ya prometido, el parecido con el abuelo, ella debía decidir entonces al ministro o bien no perder la ocasión de la boda con Manolo, protegido de su excelencia.

Sin embargo, Concha no estaba tranquila, tenía una especie de presentimiento, no desprovisto de fundamento, en vista de lo que todos contaban de aquel cementerio ruinoso y abandonado, del que no se cuidaba nadie.

Cada día se derrumbaban nuevos nichos y se perdían nuevos muertos. Estaban los huesos tirados en las calles de la macabra ciudad, que todos los silenciosos vecinos parecían querer abandonar, según el trasiego de cadáveres que se llevaban continuamente de allí los que se preocupaban de poner a un antepasado a cubierto de aquella desdicha póstuma.

—Los sepultureros—decían algunos—regalan a los que se los piden una tibia o un cráneo sin dificultad ninguna.

Aquello hacía que los cadáveres perdieran su autenticidad, que se desconfiara de ellos, como en esas novelas en las que, después de una larga ausencia, el criado suplanta al

hijo de la duquesa o la nodriza cambia los niños.

Se miraba con desconfianza al gran hombre que salía de allí, como si le preguntaran:

—¿Serás tú éste?

—Esas son tonterías—decía Concha indignada—. Nadie va a pedir calaveras ni huesos para tener el gusto de guardarlos. Ya no falta más que decir que los echan al puchero.

Pero lo cierto era que la muerte seguía su obra destructora matando muertos. Cada día caía un trozo del cementerio. Muchas veces las pobres mujeres habían acudido, llenas de angustia, al leer en *El Libe-*

*ral*, parte integrante del desayuno de todo buen español, que había un nuevo derrumbamiento. Lo único que les daba esperanza de que se sostuviese hasta el deseado día era que la parte ocupada por Campo Grande era la más entera. Su nicho no era dudoso.

Estaba tan cuidado y blanqueado, que no se confundía con ningún otro.

—Es que desde pequeña he tenido costumbre de ir con mis padres todos los trimestres a cuidarlo y poner flores. Lo mismo le he enseñado a mis hijos. Así, tamafita, era Adelina y ya la subíamos en brazos para ponerle flores al abuelo.

Gracias a todos aquellos pasos que doña Concha tenía que dar para arreglar el asunto del traslado de su prestigioso difunto, los dos enamorados tenían tiempo de verse.

Adelina salía todas las tardes a dar una lección de piano y de canto con el maestro famoso, profesor del Conservatorio, porque la madre deseaba que tuviera una *educación de adorno* que le permitiera brillar en los salones.

—Cuando no se puede dejar dinero a los hijos—decía—hay que

V

procurar que tengan una educación que les sirva de dote.

Pero Adelina no podía pasear con su novio como otras muchachas a las que nadie conoce, y que no se comprometen.

—Si yo fuese la hija de doña Petra Pérez o López—decía—, sintiendo ya su orgullo de descendiente, podría hacer lo que quisiera sin llamar la atención, pero los de Campo Grande somos demasiado conocidos.

Así la pobre muchacha luchaba entre los impulsos de su amor y el

deber que le imponía el apellido. Sobre todo las tardes que la madre confiaba en Paquito para que fuese a buscarla.

—Mejor es que te marches sola, hermanita—decía el joven—. Tú eres juiciosa, y no me necesitas.

Y como ella no se oponía, sintiendo el placer del peligro, él escapaba para reunirse con sus amigos o con las muchachas que cortejaba.

El ilustre apellido le había llevado, como cosa fatal, a la redacción de un periódico de segundo orden, y su primer cuidado como periodista había sido ir al teatro, entrar entre bastidores, y tratar de seducir a las coristas y las partiquinas con el deslumbramiento de los reclamos.

Aseguraba en su casa que la vida de periodista lo tenía atareadísimo, tanto que no le daba tiempo de nada; se pasaba las noches sin dormir, y tanto faltaba a la oficina, que a no ser por la influencia de Castro Martínez, que hizo que lo agregasen a una secretaría de Ministro, lo hubieran dejado cesante. Y eso que a pesar de creerse *un puntal* en la redacción, no escribía más que sueltitos de contaduría, hechos en colaboración con los representantes de las Empresas.

Le encantaba su papel de periodista, mimado por todas las pobres muchachas, ansiosas de ver impre-

sos sus nombres, y por estar entre ellas, descuidaba a la hermana.

Y Adelina era feliz cuando sentía que le palpitaba el corazón de miedo, de verse sola en la calle, entre las sombras del anochecer, para volver a su casa.

Le daba vergüenza de que pudieran verla así, sola y a pie, sus ariscrotáticas amigas.

Cada hombre que la miraba o la seguía le hacía temblar de miedo. A veces apretaba el bolsillo contra el pecho, dudando si la seguía un enamorado o un carterista.

La aparición de Manolo tenía siempre un carácter épico. Los importunos se alejaban y ella se sentía feliz, tranquila, al lado del joven.

Para evitar que los vieran se iban desde la Glorieta de Bilbao, por las calles más solitarias, en las que tenían menos peligros de encontrar personas que los conocieran. En aquellos paseos solitarios se sentían más enamorados, más unidos.

A veces, entre las sombras del anochecer, Adelina se apoyaba en el brazo de su novio, y prolongaban su paseo hacia los Cuatro Caminos, o hasta la entrada del Parque del Oeste. Perdido el miedo, olvidados de todo, los dos jóvenes hacían planes para lo porvenir.

Era ideal el ambiente de aque-

llas tardes otoñales en el romántico Parque, pisando la alfombra de las hojas secas, tan emocionantes por la asociación de ideas de su caída con la muerte de los débiles, los enfermos, que caían en esos otoños en el sepulcro, como hojas marchitas del gran árbol de la humanidad.

Aquel chasquido de quebrarse bajo sus zapatitos, daban la sensación, irrazonada, de oír los suspiros últimos de las pobres vidas rotas.

La sensación de la muerte, animaba más su deseo de vida, y los dos jóvenes se unían más el uno al otro, bajo la espesura del ramaje de los árboles, esclarecido en su parte superior por la luz fría de la luna, que dejaba adivinar su calidad de piedra, allí en medio del gris pizarra del cielo, tan aplomado y tan pesante.

La pasión exacerbada de Manolo acosaba a su novia.

—Si me quieres es preciso que no hagas caso de tu madre, y que no vuelvas a hablar con Castro Martínez.

—¿Pero tú crees que yo puedo sentir cariño por ese hombre de bocaza innoble y grandes barbas?

Aunque algo le tranquilizaba oír la denigrar así a su rival, Manolo no se daba por convencido y seguía martirizándola con sus celos.

—Te vendrás conmigo y no volverás más a tu casa—le proponía una tarde.

—Estoy seguro de que me engañas y me voy a suicidar en tu presencia—le decía otra.

Ella se esforzaba por convencerle, con lágrimas, ternezas, caricias, besos...

Era menester que la madre estuviere completamente dominada por la ambición para que no conociese el giro que habían tomado los amores de la hija, viéndola pasar las horas absorta en su ensueño y en el recuerdo de las emociones y la revelación, que tenían para ella los paseos con su novio en coche, que habían sustituido a los románticos paseos a pie.

Sin embargo, la joven no se atrevía a negarse a secundar los planes de la madre para asegurar su posición, con el triunfo definitivo de los restos de su antepasado.

Trataba de convencer a su novio para que tuviese paciencia y esperase el desenlace de la comedia.

—Tú no hagas caso de nada—le decía—te he recomendado como hermano de una amiga mía, y estoy segura de que te van a ascender. En seguida lo dejamos con la boca abierta y nos casamos.

—¿Pero y tu madre?

—Ella pesca su pensión y no se preocupa más de nada. Así no me

necesita y podemos vivir solitos y felices.

Aquella promesa de librarse de la suegra era lo que más contribuía a la resignación de Manolo. Había veces que creía ver en su novia miradas, sonrisas, acentos, que recordaban a su mamá.

Parecía que con la convivencia el espíritu de doña Concha iba ganando a Adelina, que se convertía en un remedo suyo.

—La verdad—decía Manolo, un poco atemorizado del parecido—que no me seduce casarme con Adelina y al cabo de unos años, encontrarme con otro ejemplar de mi suegra en casa. Me suicidaba.

Pero como la muchacha le gustaba, seguía disfrutando sus amores, con la esperanza de que aquello no ocurriría, librándose a tiempo de la influencia maternal: Que no se contagiara de madre.

## VI

Pero la catástrofe llegó. Y llegó con una mueca burlona cuando faltaban ya pocos días para la traslación.

Por lo mismo que aquella ala del cementerio era la más resistente, el derrumbamiento había sido mayor.

Al caer la pared se habían partido las lápidas, se habían roto los ataúdes, se habían mezclado y confundido los huesos.

Quedaban algunos cadáveres, aquí y allá metidos aún en la caja, por entre cuyas tablas podridas asomaban como los muñecos de las cajas de sorpresa.

En lo alto de un nicho se asomaba una calavera con un gesto macabro, como si observase, curiosa, lo que hacían las vecinas.

Era un montón de escombros, de

una obra ennegrecida, reseca, carcomida, de un yeso descascarillado por una especie de polilla que había corroído por igual las piedras y las tablas.

Se veía a las familias buscar ansiosas. ¿Cómo conocer ya aquellos restos? La voz de Concha lo dominaba todo. Allí, ante aquellas ruinas, de las que se exhalaba un polvo tenue que daba miedo respirar, ella hacía remover el montón de escombros para llegar a descubrir el que le interesaba.

Al fin, un montón de huesos deshechos y de tablas rotas apareció. No había duda de que aquél era el cadáver de Campo Grande. Lo decían los jirones del traje que se conservaban, un zapato de charol unido al pie izquierdo, y tan bri-

llante y estirado como si hubiese estado metido en la horma, y la pechera de la camisa, con un primor de plieguecitos rizados que recordaba los ornamentos de iglesia.

Pero era preciso que no quedase duda de la autenticidad. Castro Martínez envió su secretario, se hizo venir un notario amigo de la familia. Había que levantar acta para depositar el cadáver en un edificio de el Estado hasta su tan próxima traslación.

A pesar del desastre, Concha parecía haber triunfado, a no ser por la perspicacia del cronista del cementerio, que tuvo la mala ocurrencia de fijarse en que la tibia derecha del cadáver no era igual de larga que la izquierda.

—No han hecho ustedes bien las parejas—advirtió.

Y sin hacer caso del furor de Concha siguió escarbando en el montón de huesos metidos apresuradamente en aquel cajón.

—El señor de Campo Grande tiene tres fémures y dos esternones—dijo.

¡Y lo peor es que todo aquello se publicó, con fotografías!

¡Era la ruina de la familia! El recuerdo glorioso se había amparado de tal modo en el cadáver, que su desaparición dejaba a la familia huérfana. Era entonces cuando se verificaba la verdadera muerte del abuelo.

Había en todo aquello como una burla, una terrible venganza póstuma.

La traslación se hizo a cencerros tapados. Castro Martínez no volvió a visitarlas y, para colmo de males, Manolo rompió sus relaciones con Adelina, atribuyendo a su intervención el que, en vez de ascenderle, lo dejasen cesante.

Para aquellas desgraciadas acababa toda su influencia y toda su importancia al desaparecer el prestigio de los huesos del abuelo.

## *Carmen de Burgos «Colombine»*

Y. DÍAZ-LUNA

# Puede ser vencida INTEGRALMENTE su enfermedad de ESTOMAGO-HIGADO O INTESTINOS

NEUTRÁCIDO ESPAÑOL realizará de modo permanente su ansiada curación.  
NO CONTIENE los nocivos Bicarbonatos, Bismutos, Magnesias ni Calmantes.

ES UN REMEDIO seriamente científico que a diario realiza prodigios curativos.  
ES FORMULADO por la clase médica que testifica y garantiza sus méritos.

ES ÚNICO EN EL MUNDO por su eficacia y original composición (azufre, calcio y  
carbono coloidales).

EN UN SOLO FRASCO determina, muchas veces, curaciones extraordinarias.

TIENE el mérito excepcional de curar así el *exceso* como la *falta* de ácidos.

REGENERA el poder digestivo en absoluto permitiendo en breve plazo comer  
*de todo*.

REGULA el funcionalismo intestinal suprimiendo prontamente el *estreñimiento*.

SEGURA durante el tratamiento la posibilidad de suprimir el *régimen lácteo*.

CONQUISTÓ un gran premio del Jurado Médico de la Exposición de Higiene,  
de 1919.

APARECE en absoluto de sabor y es completamente *inofensivo*.

ES INCOMPARABLEMENTE más barato que otros productos análogos porque  
INFUNDE a todo el aparato digestivo plena salud con breve tratamiento.

DOCTORES españoles y alemanes, especialistas, han recomendado con vivísimo  
interés a los más notables Profesores de la facultad de Berlín el uso  
y estudio clínico del Neutrácido Español.

COMENZARÁ V. acertadamente iniciando hoy mismo su tratamiento con este  
sin igual remedio que vencerá rápidamente su padecimiento diges-  
tivo por grave o antiguo que sea.

Frasco: 6 pesetas.

## ESPAÑOL

Solicite usted del concesionario exclusivo, D. José Marín Galán, Arjona,  
Sevilla, un notabilísimo y lujoso folleto que le será remitido gratuitamente.

LA BUENA DIGESTION ES LA FUENTE DE LA SALUD



V. TIENE UN PESO EN EL ESTOMAGO

Sus digestiones son largas y dolorosas  
V. siente mareos, vértigos ardores  
Todas estas enfermedades desaparecen por el uso regularizado del

**DIGESTIVO GOST** EN PEQUEÑOS SELLOS

ES EL REY  
contra todas las enfermedades de estómago

**DIGESTIVO**

**Gost**

ASEGURA

UNA BUENA DIGESTION

Y CURA TODAS LAS

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO

EN CAJAS DE { Un sello 0,30  
12 sellos 3,00

DE VENTA EN TODAS LAS FARMACIAS

CONCESIONARIOS EXCLUSIVOS: SUCESORES DE STEINFELDT-CALLE DEL PRADO 15-MADRID

# PECHOS

DESARROLLO, BELLEZA y ENDURE-

CIMIENTO EN DOS MESES con

PILDORAS CIRCASIANAS.

Dr. Brun. Inofensivas. Aprobado por eminencias médicas. ¡32 años de éxito mundial es el mejor reclamo! 6 ptas. frasco. MADRID, Gayoso, E. Durán, Pérez Martín; ZARA-GOZA, Jordán; VALENCIA, Cuesta; GRANADA, Ocaña; SAN SEBASTIAN, Elzaurdy, Tornero; MURCIA, Selquer; VIGO, Carrascal; MALLORCA, «Centro farmacéutico»; ALICANTE, Aznar; CORUÑA, Rey; SANTANDER, Sotorrio; SEVILLA, Espinar; VALLADOLID, Llano; BILBAO, Barandiarán; HABANA, Sarrá; TRINIDAD, Bastida; PANAMA, «Farmacia Central»; CIENFUEGOS, «Cosmopolita»; CARACAS, Daboin; QUITO, Ortiz; MANAGUA, Guerrero; BARRANQUILLA, Acosta-Madiedo; PUERTO RICO, J. Combás Peyork; MANILA, Juan Gaspar, Mendoza, 150.-Mandando 6'50 pesetas sellos a Pousarxer, Viladomat, 104. Apartado 481, BARCELONA, remítase reservadamente certificado. Muestra gratis para convencimiento del éxito.

DESCONFIAD DE IMITACIONES



FABRICA DE CORBATAS

Camisas, guantes,

géneros de punto.

Elegancia, Surtido y Economía.

12, CAPELLANES, 12

Precio fijo.

SOMBREROS

—: REFORMO :—

LIMPIO :—: TIÑO

Valverde, 3.



“METAL”

1 1/2 WATT

Gas ARGON

Lámparas de 25 y 32 bujías  
y  
todas intensidades. 1 watio y 1 1/2 watio

PROBADLAS si es que no lás  
usáis ya. Las preferiréis a todas  
las extranjeras y nacionales, Pe-  
didlas en todas partes  
y **Ruerta del Sol, 1.**